

Ea, niños, ya. Rápidos levantaos de esas gradas y llevaos los ramos suplicantes. Un hombre vaya y reuna al pueblo todo de Cadmos. Haré yo cuanto pueda. Un dios me asista y venzo, o pe-rezco.

**Entra Edipo a su palacio.**

Sac.—Levantémonos, niños. Eso que dice el rey era el motivo de nuestra plegaria. Febo que ha enviado tales enseñanzas, venga cual salvador de nuestros males y cual poder que hace huir la peste.

**Llega el Coro de quince ancianos.**

Coro. Est. 1.—¡Dulce palabra de Zeus que de la Pito rica a esta nuestra ciudad llegas! ¡A esta Tebas la famosa! Mi mente hundida en espanto empuja a mi corazón. Oh dios de las horas negras, oh Delio de los cantares ¿qué respuesta trae tu oráculo? Me estremezco de terror, ante tí, dios de la salud. ¿Qué vas a imponer a nuestros hombres? ¿qué don nos vas a pedir? ¿Harás que lo ya olvidado, a vivir torne otra vez?

¡Habla, Palabra inmortal, hijo de la Aurea Esperanza: di tu oráculo!

Ant. 1.—A tí primero yo clamo, oh hija de Zeus, Atena inmortal. Y a la reina de esta tierra, tu hermana Artemis, la que tiene solio en medio de nuestra plaza. Y a tí también Apolo lanzador de dardos.

¡Ah, los tres a un tiempo sed defensa, sed amparo, triples en vuestra ayuda! ¡En tiempo antiguo cada vez que una desdicha se tendía sobre esta ciudad, lanzábais fuera de los confines la mala peste y la ruina ardiente!

Es ahora cuando debéis repetir vuestra piedad.

Est. 2.—¡Ay, ay, misero de mí... males sin número tolero. Se atormenta el pueblo con la peste, y no halla mi pensamiento un medio para exterminarla. Ya los frutos no medran en la tierra antes opulenta; ya los dolores de las madres van resultando infecundos. Y vuelan hacia el Averno mis hijos uno tras otro, cual las aves fugitivas en su vuelo sin rumbo. El dios del remoto poniente está en acecho para recibirlos!

Ant. 2.—¡Con innúmeros muertos la ciudad se aniquila. Yacen en tierra sus hijos, sin que haya compasión. Nadie por ellos llora. Las jóvenes esposas al altar se refugian, las madres de canosas ca-

bezas se atumultan en lloro. Y todas lloran sus tremendos infortunios. Surge vibrante y luminoso el peán, pero en acorde de dolientes ayes. ¡Hija de Zeus, sálvanos: tú cuyo rostro, al proteger sonríe!

Est. 3.—El bronco Ares, sin escudo ni lanza, hoy se ensaña batallador contra nosotros. Me acosa, me aniquila. Haz que ya retroceda, que se aleje de esta ciudad con la mayor presteza, que el violento vendaval lo arrebate. Vaya a remotas playas, ya a la desolada de Anfítrite, ya a los inhóspitos riscos de tormentoso Tracio...

Cuando la noche llega, si el día perdonó algo, ella, cruel, a destruirlo se apresura. ¡Ven a nosotros, padre Zeus, dueño solo del arco fulgurante, ven y con un solo tiro, acaba con sus males!

Ant. 3.—¡Oh, Licio dios, oh defensor Apolo... Salgan ya de tu arco los dardos invencibles. Ve por delante frente al enemigo. Dardos también Artemis, que con ellos destruye centelleante en los cerros de Licia. Venga también el de los rizos de oro, Baco el triunfante, rubicundo y bello, él que en orgías se place, él que a todos en locura enciende, llegue y sus bacantes, las errabundas Ménides, hasta nosotros vengan. Alce radiante antorcha contra los turbios númenes que nos destruyen, que sea para todos los adversos, baldón y oprobio.

**Sale Edipo. Oye los versos últimos del Coro.**

Ed.—¿Es lo que pides? Lo que pides yo haré que se vea cumplido. Oye mi designio, atiende y cumple lo que yo he de decir. Si el medio de salvarte pones en práctica, tendrás que ser liberado de todos los males.

Voy a hablar ante todos. Nada se de los hechos, nada de las versiones que acerca de ellos corren. Hoy soy un ciudadano, como todos. Nada tuve que ver con ese delito. Ni la mínima noticia tuve de él. Ea, pues, yo mando que todos los que esta ciudad de Cadmes habitan atiendan:

El que sepa quién fue el autor de la muerte de Layo, hijo de Lábdaco, preséntese y déclárelo. ¿Vive el culpable aquí? Hable y se le hará una concesión de indulgencia. Nada la ciudad, ni en castigo, ni en venganza habrá de hacer en su contra. No sólo el silencio que calla, sino la gratitud que premia: eso tendrá.

Ah, pero si en callar se empeña, si temeroso oculta, ya a sí mismo, ya a un amigo suyo, yo mando en tal caso terriblemente:

Sea el que fuere, en este territorio, sobre el cual ejerzo el imperio, nadie le diga palabra, ni le deje asociarse a los sagrados ritos,

ni siquiera a las abluciones lustrales. Quiero y mando que todos a ese sin piedad lo expulsen, de su propia mansión, de la ciudad entera. El, él es ciertamente la causa de nuestra horrible peste. Eso el oráculo de Delfos manifiesta. Ya veis cómo me propongo vengar al muerto y vengar el derecho del dios.

Y el asesino, si obró solo, o si obró con cómplice, lleve una vida dura, cruel e intolerable. Maldito y desdichado para siempre.

Y si él en mi casa mora, o si yo, sabiendo lo que es, lo acojo, vengán sobre mí todos esos males que para él auguro.

Todo esto ruego que miréis vosotros para que sea cumplido. Hacedlo por el dios, hacedlo por la patria, que sucumbe desprovista de frutos, dejada en el olvido por los dioses.

Lo manda un dios, pero si no lo mandara, os tocaría a vosotros urgir vindicta. ¡Murió el varón más recto, el rey tan bueno! ¡hay que hacer las pesquisas para descubrir al asesino! Ahora yo impero en su lugar, yo tengo el poder que antes tuvo, tengo su mismo tálamo y a su consorte misma. Tuviéramos los hijos por comunes, si a él no se le hubiera negado descendencia. ¡Aun en eso la fortuna le fue adversa! Me hago por todo eso el defensor de Layo, tan al grado de lucha como si hubiera él sido mi padre. Todo medio habré de poner en juego, buscaré con afán hasta no descubrir al culpable. ¡Mató al hijo de Lábdaco, hijo que fue de Pilodoro, y este del remoto Cadmo, y en el tronco supremo, su padre fue Agenor.

Dioses, a vosotros apelo: si alguno rehusa seguir mis mandatos, ni frutos en sus campos, ni hijos en sus mujeres habréis de concederles. Lo abata la peste, los mate un infortunio más potente.

Y vosotros, ch habitantes de Cadmo, que secundéis mis órdenes, seais siempre asistidos por la Justicia, amparadora y aliada, y los dioses todos os cubran perpetuamente de bienes.

Corif.—Solemnes imprecaciones son tus palabras, oh rey. Yo también habré de hablar en el mismo elevado tono. Yo el regicida no soy, ni sé dónde él pueda hallarse. Dilucidar el asunto toca a Febo que ha mandado que se busque al asesino. El lo habrá de descubrir.

Ed.—Justamente. ¿Pero hay mortal alguno que pueda forzar a los dioses a hacer lo que ellos no quieren?

Corif.—Segunda insinuación formulo.

Ed.—Y si una tercera hay, dí todo, sin demora.

Corif.—Rey del oráculo es Febo, rey del oráculo Tiresias. Es lo que tengo sabido. ¿Por qué no acudir a él, para que descifre el misterio? ¿Te parece, rey?

Ed.—Tampoco he descuidado ese medio. Ha tiempo que envié a traerlo por indicación de Creón, mediante dos emisarios. Me admira que aún no haya llegado.

Corif.—Y otra cosa no hay. Sí, algunos vagos rumores, algunas viejas hablillas...

Ed.—¿Cuáles son? Cuido de todo lo que se diga.

Corif.—Que murió dicen a manos de caminantes.

Ed.—También lo he oído. Pero al que vio eso, ¿quién lo ve ahora?

Corif.—Por poco temor que tenga, si llega a saber tus amenazas, no tardará en presentarse.

Ed.—A quien no espantan obras, menos teme palabras.

Corif.—Vaya. Tenemos ya a quien pueda descubrirlo. He aquí al divino vidente, el único de los hombres que de nacimiento tiene el don de la verdad.

**Llega Tiresias llevado por un niño y con dos criados de Edipo.**

Ed.—¡Oh Tiresias, que todo lo comprendes, lo mismo aquello que puede decirse, que lo que el labio humano no puede pronunciar; los misterios del cielo, y los de la tierra. Ciego eres pero miras en qué amarga dolencia la ciudad se halla abatida. Tú eres, príncipe, el único que salvarla y protegerla puede.

Febo responde a nuestra pregunta —lo sabrás acaso por mis enviados— que el medio seguro y único de dar fin a esta triste plaga es descubrir y dar muerte a los que a Layo asesinaron, o si no, al menos lanzarlos fuera de esta tierra.

No nos niegues tu ciencia: ya sea que del vuelo de las aves, ya sea que de otra fuente la saques. Da tu saber profético y salva, primero, a tí, después a la ciudad y a mí por fin. Salva de esta mácula del asesinato a todos. En tu poder estamos: el más bello de los trabajos es ser útil a otros en lo que uno tiene y en lo que uno puede.

Tiresias.—¡Ay, ay: terrible es el saber cuando el que sabe de ello no aprovecha. Bien lo sabía, pero lo había olvidado. De tenerlo presente, acá no hubiera venido!

Ed.—¿Eso qué es? ¿Te pesa haber venido?

Tir.—Deja que torne a casa. Harás bien a tí mismo, me lo harás a mí. Insisto y te lo ruego.

Ed.—Ni dices lo acertado, ni a la ciudad muestras amor, a ella que te dio el ser, si no nos das respuesta.

Tir.—Advierto que tú mismo tampoco hablas lo justo. No quiero errar también y me retiro.

Ed.—¡No, por los dioses, no! No te vayas, sabiendo lo que sabes. Rendidos todos a tus pies lo pedimos.

Tir.—Es que todos estáis desatinados... ¡Nunca habré de revelar mis desdichas, por no decir las tuyas...!

Ed.—¿Qué dices? ¡Lo sabes y no hablas! ¡No te das cuenta de que callando nos traicionas a nosotros y arruinas la ciudad?

Tir.—No quiero a mí causar dolores, y tampoco a tí mismo. ¿Por qué en vano me arguyes? ¡Nada de mí lograrás saber!

Ed.—¡No! ¡Malvado el más malvado: a una roca pusieras en enojo...! ¿Con que no dices nada? ¿Terco y pertinaz te mantienes?

Tir.—¡De ira me inculpas...! ¿Y la tuya? ¡Tiene en tí su mansión y a mí me censuras!

Ed.—¿Quién no se enojara, cuando oyera las palabras que dices? ¡Ese modo que tienes de ofender a la ciudad!

Tir.—¡Ya llegará la adversa suerte, sea que yo hable, sea que calle!

Ed.—¿Llegará? Dilo luego. Aquí y al punto.

Tir.—Ni una palabra más proferiré. Obra cual quieras. Enójate con la ira más vehemente que puedas.

Ed.—Vaya, vaya... en mi enojo ya voy percibiendo que tú fuiste el autor de estos hechos, que tú los llevaste a obra, no por

tu mano, sino por mano ajena. Ciego eres, que si ojos tuvieras, afirmaría que tú fuiste y sólo tú quien el delito perpetró...

Tir.—¿De veras? Oye ahora, ten atención a lo que digo. Todo lo que tú dices contra el culpable, cae sobre tí. No, ya tú hablar no puedes, ni a éstos, ni a mí. Sábelo bien. Esta tierra está manchada por la infamia de un culpable. Y el culpable, eres tú.

Ed.—¡Tales son tus palabras ante mí, atrevido! ¿Piensas que has de librarte de mis manos?

Tir.—Me siento libertado. La verdad nutro en mí y en ella fio.

Ed.—¿Verdad de quién has aprendido? ¡Ese tu arte mendaz, no!

Tir.—¿De quién? ¡Tú me obligaste a que hable sin quererlo!

Ed.—¿Hablar qué? Repítelo, quiero oírlo mejor.

Tir.—¿No lo entendiste antes? ¿Me fuerzas a que hable?

Ed.—No sé de cierto qué dijiste. Dilo otra vez.

Tir.—Ese asesino que buscas, ese asesino, eres tú.

Ed.—Ah, no dirás dos veces ese insulto. No te alegrarás de ello.

Tir.—Y más diré, para que más te arda.

Ed.—Dí cuanto quieras... no sabes lo que dices.

Tir.—Verdad pura digo. No lo piensas, y vives unido a los seres que más se aman. Y ni siquiera te das cuenta de la infamia en que vives.

Ed.—¿Tú estás pensando que vas a seguir con tus ofensas sin recibir castigo?

Tir.—¡Claro: la verdad tiene sus fueros!

Ed.—Los tiene, sí; menos para ti, ciego miserable, ciego del alma, como de los ojos. Ciego del alma, ciego del oído.

Tir.—¡Pobre de tí... sobre tí estás amontonando todos los dicterios que van a llover sobre tí! Todos habrán de vilipendiarte de cuantos están presentes. Ni uno solo quedará sin hacerlo.

Ed.—Noche perpetua nutre tus pupilas. Ni a mí, ni a nadie que de ojos disfrute podrás dañar.

Tir.—No te impone el Destino que caigas bajo el golpe de mi mano: Apolo bien lo sabe, él de mil recursos tiene el tesoro. El te dará tu pago.

Ed.—Toda esa trama quién la planeó, ¿Creón o tú?

Tir.—No Creón fue: tú fuiste el autor de estas desdichas.

Ed.—¡Riquezas, mando, ciencia de las ciencias...! ¿de qué sirven? La vida envidia nutre solamente. Todos atisban, todos están en acecho. Hambre de mandar tienen. Este imperio la ciudad puso en mis manos, sin yo buscarlo. Y Creón espera, anda tramando, anhela hacer que yo caiga. El que se dice amigo... Y como vanguardia envía a este vidente loco y trapacero, pura engañifa, que no busca sino el lucro de sus ojos cegados... Cegados para el uso, pero bien abiertos para el interés.

Vamos hablando claro. ¿Con qué demuestras tú que eres vidente? Estaba aquí la Esfinge, que con mil cantos enigmáticos a los ciudadanos perdía, ¿diste norma de salvación a los ciudadanos? ¡Verdad es: no para todos era resolver esos enigmas! Era necesaria ciencia. Ciencia profunda... ¿cantos de aves? ¿un dios asistente? ¡No, hombre! Y vino Edipo, vine yo... el ignorante, el inculto y eché abajo los artificios de la Esfinge. Y nada les pedí a las aves, y ahora tú piensas echarme abajo y acaso crees que algún día vas a estar muy sentado a la derecha de Creón, rey ya de Tebas.

¡No. Les va a ser difícil y les va a costar muy cara esta mi repulsa! Yo, si no fueras como eres un anciano, como parece, azotara tu rostro para que adviertas tu falsedad.

Corif.—Bien nos parece a todos: si aquél habló sin tino, también tú, Edipo. Y, ¿eso qué importa? Lo que importa ahora es que se cumpla lo que el oráculo manda. El dios nos urge. Hay que ver cómo lo acatamos.

Tir.—Rey eres, no lo niego. Pero somos iguales en derecho de hablar. Déjame que conteste. Tengo también poder y derecho. Yo no estoy sujeto a tí: estoy sujeto a Apolo. Y no soy de los que sirven como favorecidos a Creón. Oye pues lo que diga:

Te burlas de mí por ser ciego. Tú, tú sí ves. Pero no ves en qué desgracia vives. Ni dónde vives ni con quién cohabitas. ¿Sabes de quién naciste? En la tierra, en el Hades, repugnante serás a quien te mire. Doble azote tendrás: el de una madre, el de un padre también. Fuera de esta tierra habrán de expulsarte. ¡Terrible cosa: hoy miras: un día ya no verás... serán tus ojos perpetuas tinieblas. Y, ¿a dónde irás? ¿Qué tierra podrá pisar tu planta? ¿Qué puerto

habrá, qué monte Citerón a que te acojas? ¿Qué ayes de dolor ha de repetir el eco, cuando adviertas tu boda, esa boda de males que es núcleo de tormentas que tú soñaste dichas! Y mayores infortunios aún que harán iguales a tí y a tus hijos.

Eso... eso... y ahora sigue insultando a Creón, sigue vilipendiando mis predicciones. Ten por seguro que ningún hombre jamás será azotado por el Destino como lo serás tú.

Ed.—¿Es posible sufrir que oigamos estas cosas? ¿No llega a lo excesivo? ¡Fuera, malvado! ¡Nunca más a esta casa retournes! ¡He dicho: Fuera!

Tir.—¿Nunca hubiera venido, si tú no me obligaras! ¿Quién me llamó?

Ed.—Y yo, ¿sabía acaso que tú tales locuras ibas a proferir? Ciertamente, si lo supiera, ¿iba yo a llamarte?

Tir.—¡Loco, necio... muy bien, así me juzgas! ¡No fue el juicio que de mí hicieron tus padres!

Ed.—¿Mis padres? ¿Quiénes? Detente, ¿yo de quién soy hijo?

Tir.—Este día te da vida y también te da muerte!

Ed.—¿Enigmas siempre? ¿Voces veladas siempre? ¿Cuándo hablas claro?

Tir.—¡No que eres el más diestro para descifrar enigmas?

Ed.—¡Echamelo en cara, si te place: de eso nació mi grandeza!

Tir.—¡Esa fue la ventura desdichada que te hundió en la ruina!

Ed.—Esta ciudad salvé... ¡nada me importa!

Tir.—Muy bien; vámonos, niño, veme guiando.

Ed.—Vete, bien que te lleve. Estando aquí me enojas; si te vas, yo descansaré. No me has de causar penas.

Tir.—Dicho quedó y ya parto. Y agrego la razón de haber venido acá. No me amedrenta tu enojado rostro. Tú no podrás arruinar mi vida. Voy a decir de nuevo.